
Los palestinos y la crisis del Golfo

Ma. de Lourdes Sierra Kobeh*

Introducción

En todos los acontecimientos que han sacudido a la región del Medio Oriente durante las últimas décadas, la cuestión palestina ha ocupado un papel central en la política interárabe. Desde sus inicios en 1948 y, más recientemente, en el contexto de la crisis del Golfo, el tema de Palestina ha estado ligado de manera indisoluble a los conflictos que afectan a la región.

Si bien, en sentido estricto, el problema palestino no puede ser considerado como una causa directa de la guerra del Golfo, es evidente que éste estuvo muy ligado a dicho conflicto. Ello no sólo por la alianza estratégica entre Estados Unidos e Israel, sino también, y de manera más importante, por la utilización que hizo Saddam Hussein de dicho tema al utilizarlo como parte de su estrategia política y diplomática.

De esta manera, e independientemente de sus motivaciones tácticas, al condicionar su retiro de Kuwait a la solución de otros conflictos regionales, el líder iraquí de nueva cuenta traería al centro de atención al problema palestino, tema que había sido excluido de la agenda internacional durante un largo tiempo.

A la luz de estos acontecimientos e independientemente de los beneficios potenciales de esa vinculación, no cabe duda que la ocupación y anexión iraquí de Kuwait y la posición adoptada por la OLP

durante la crisis, tuvieron implicaciones serias para la causa palestina. Ello no solamente en términos humanos y económicos, sino también políticos y diplomáticos.

El objetivo de este trabajo, por tanto, será analizar la posición palestina durante la guerra del Golfo, así como las consecuencias que dicho conflicto tuvo para la causa palestina en general y para la OLP en particular.

A fin de entender la actitud tomada por la OLP durante la crisis es indispensable, primero, conocer el contexto regional e internacional de ese momento, ya que en última instancia la posición adoptada por dicha organización durante la misma es un reflejo tanto de sus complejas relaciones con los Estados árabes como de los cambios operados a nivel internacional.

De la misma manera, resulta de suma importancia analizar las repercusiones que dicho conflicto tuvo para la causa palestina, no solamente en términos económicos y diplomáticos, sino también para su futuro político.

La posición palestina ante la crisis del Golfo

La invasión iraquí a Kuwait confrontó al Movimiento Nacional Palestino con uno de los dilemas morales y políticos más serios que quizás haya tenido que enfrentar dicha organización a lo largo de su historia.

Diversos sectores, tanto de la diáspora palestina

* Profesora del Centro de Relaciones Internacionales.

como de los territorios ocupados, se preguntaban si Iraq tenía el derecho de invadir Kuwait; si este país era o no históricamente parte de Iraq y si los palestinos debieran apoyar o no la existencia de los regímenes establecidos. Para algunos, cualquier comparación entre la situación de Palestina y la invasión de Kuwait, traía al centro de la discusión el principio de legalidad internacional y el hecho de que los palestinos no podían demandar ese derecho para sí mismos y, al mismo tiempo, negárselo a otros.¹

En efecto, los principios violados por Saddam Hussein en su invasión a Kuwait eran los mismos principios de los cuales la causa palestina había sacado su fuerza moral. En teoría, la postura asumida por los miembros de la coalición anti-iraquí, en nombre de la ONU, contra la agresión de un ocupante, era precisamente el fenómeno que la OLP debió haber buscado de manera asidua.² Pese a ello, el liderazgo palestino ligó su causa y su organización con la defensa del régimen iraquí.

Dicha postura se puso de manifiesto tanto en la reunión del Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores de la Liga Árabe, del 3 de agosto de 1990, como en la Cumbre de Jefes de Estado Árabes, del día 10, celebradas en El Cairo.

La primera de ellas condenó de manera clara la invasión y llamó a una retirada inmediata e incondicional de las fuerzas iraquíes. Asimismo, hizo un llamado a celebrar una cumbre árabe para buscar una solución negociada de la crisis.

Lo más significativo de esa reunión es que expresó su rechazo a toda forma de intervención extranjera. Pese a ello, el liderazgo palestino, junto con otros miembros de la Liga Árabe,³ expresaron sus reservas. Su principal argumento era que una condena colectiva formal al régimen iraquí impedía la posibilidad de éxito de un acuerdo interárabe.⁴

Ésta era la situación hasta que Arabia Saudita y los países del Golfo solicitaron la ayuda norteamericana y las tropas de ese país empezaron a llegar a la región.

Durante ese mismo periodo, la Liga Árabe, en su

reunión del 10 de agosto,⁵ se dividió en dos grupos:⁶ por un lado, los que apoyaban la intervención de tropas extranjeras para ayudar a repeler la agresión y, por el otro, los que buscaban una solución árabe. Ya no se trataba de un asunto entre Iraq y Kuwait, sino de un enfrentamiento entre Iraq y la coalición encabezada por Estados Unidos bajo el manto de la ONU.

La postura asumida por los países de la Liga Árabe que no se unieron a la coalición anti-Saddam, en particular la de la OLP, fue un reflejo tanto de sus relaciones con Iraq, antes de la invasión, como con los países del Golfo. De la misma manera, reflejó el peso jugado por la opinión pública palestina, así como la percepción de sus líderes de los méritos respectivos de las demandas iraquí y kuwaití. Otro hecho de consideración que influyó en la actitud palestina fue su rechazo e indignación ante la llegada de tropas extranjeras a la región del Golfo, particularmente norteamericanas y británicas.

Aun antes de la llegada de las tropas extranjeras surgieron manifestaciones de apoyo a Saddam Hussein, las cuales habrían de extenderse, posteriormente, a todo lo largo y ancho de la región.

Su protesta iba dirigida contra la manifiesta hipocresía de Estados Unidos y sus aliados con respecto a la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU y por lo que era visto como un tibio y renuente apoyo al movimiento palestino y a la Intifada. El liderazgo palestino, por su parte, también estaba hondamente preocupado por el peligro que representaba una confrontación militar entre Iraq y la coalición encabezada por Estados Unidos y por las consecuencias que ello podría tener para su propia causa y para la región como un todo.

En efecto, cuando las tropas americanas lanzaron su primera ofensiva, los palestinos estaban convencidos de que el verdadero objetivo era destruir el potencial militar iraquí. En palabras de Faisal

⁵ La Cumbre del 10 de agosto apoyó las resoluciones del Consejo de Ministros de la Liga Árabe del día 3 y adoptó las tres resoluciones del Consejo de Seguridad [660, 661 y 662]. Asimismo, hizo un llamado a la restauración del gobierno legítimo de Kuwait y apoyó las medidas tomadas por Arabia Saudita y los países del Golfo en defensa propia. También solicitó el envío de tropas árabes para ayudar a repeler la agresión.

⁶ En esa ocasión dos países más se negaron a adoptar dichas resoluciones: Argelia y Túnez. La OLP, Libia e Iraq votaron en contra; Túnez se ausentó; Argelia y Yemen se abstuvieron; mientras que Jordania, Mauritania y Sudán expresaron serias reservas.

¹ "Palestinian Politics after the Gulf War", an interview with Faisal Husseini, *Journal of Palestine Studies*, XX, no. 4, Summer 1991, p. 99.

² Walid Khalidi, "The Gulf Crisis: Origins and Consequences", *Journal of Palestine Studies*, XX, no. 22, Winter 1991, pp. 5-28.

³ Yemen, Mauritania, Sudán y Jordania.

⁴ Walid Khalidi, *op. cit.*, p. 14.

Husseini, "cualquiera que estuviera en favor de la legalidad internacional debería oponerse a la guerra, ya que ésta sería negativa para los palestinos quienes serían, en última instancia, los verdaderos perdedores en el nuevo equilibrio de poder que surgiría".⁷ De ahí que éstos apoyaran a Iraq y aprobaran la propuesta iraquí de retirarse de Kuwait a cambio del retiro de Israel y de Siria de otros frentes regionales.⁸

Dicha postura, como hemos visto, tenía sentido para muchos, tanto al interior como al exterior del mundo árabe. Sin embargo, resultó ser uno de los mayores desatinos estratégicos de la organización desde la fundación de al Fatah.⁹

En realidad, existen razones para explicar la conducta de Arafat. Al igual que otros líderes del mundo árabe, tuvo que hacer frente a los sentimientos populares que surgieron con la crisis del Golfo. Una condena al régimen iraquí hubiera significado distanciarse de su gente. Dentro de la organización misma existía la creencia, entre ciertos sectores, que dado el apoyo recibido por Iraq de las masas palestinas, había poco que pudiera hacerse sin arriesgar la legitimidad de la organización. Arafat mismo defendió de manera repetida su posición al presentarla en términos de una elección entre apoyar u oponerse a la destrucción de Iraq.¹⁰

Por otra parte, la OLP se enfrentaba a un contexto regional e internacional adverso. Ya en los años anteriores a la crisis, sus relaciones con Siria y los sectores palestinos más radicales se habían deteriorado seriamente. Ello, en virtud de su política moderada y por el apoyo de Siria a las tendencias opositoras de al Fatah, orillando a Arafat a convertirse en una pieza del ajedrez iraquí.

Es importante notar que el deseo de algunos Estados árabes por controlar la dirección política de la OLP y las contradicciones entre ciertos regímenes y la dirigencia palestina encabezada por al Fatah, han sido una constante en el desenvolvimiento de la

resistencia. Ello es así debido no solamente a su dependencia de los Estados árabes en materia financiera, asistencia militar, bases de operación y apoyo político y diplomático, sino también por los efectos potencialmente desestabilizadores de la acción guerrillera y los intereses particulares de cada Estado árabe.¹¹

La OLP está limitada en este sentido, puesto que la demanda de una entidad palestina implica necesariamente la no intervención de ésta en los asuntos domésticos de otros Estados árabes. No puede pedir el apoyo para el establecimiento de un Estado independiente y al mismo tiempo oponerse a los regímenes que apoyan su demanda. Si bien, desde sus inicios, al Fatah se comprometió con este principio y sus líderes siempre han tratado de ponerlo en práctica, en ocasiones sus esfuerzos al respecto no han tenido todo el éxito esperado.¹² De hecho, el compromiso con la no intervención no ha garantizado el hecho de que al Fatah no afecte el equilibrio dentro de los países árabes, como sucedió, por ejemplo, en Jordania en 1970, en el Líbano, a principios de 1976, y más recientemente en la crisis del Pérsico.

La complejidad de la interacción entre al Fatah y los diferentes regímenes árabes se pondría nuevamente a prueba durante la crisis. En efecto, poco tiempo antes del estallido de la misma, la OLP enfrentaba una ofensiva de Egipto bajo el pretexto de que los palestinos no habían apoyado el cambio de sede de la Liga Árabe de Túnez a El Cairo; los sirios, por su parte, no habían cambiado su política de hostigamiento contra al Fatah y los Estados del Golfo estaban ayudando a los movimientos islámicos más que a la OLP.

Aun antes de la crisis, Arafat se había acercado a Iraq más allá de lo que dictaban sus intereses a más largo plazo. Luego del cese al fuego con Irán en agosto de 1988, Bagdad gradualmente se convertiría en el aliado estratégico de la resistencia, constituyendo una base hospitalaria de apoyo logístico y político de la OLP, así como una fuente de ayuda financiera para la Intifada.¹³ Esta opción fue refor-

⁷ Cfr. "Palestinian Politics after the Gulf War", *op. cit.*, p. 100.

⁸ El 12 de agosto Saddam Hussein hizo una propuesta de paz planteando como primer punto la retirada de Israel de Palestina, de las alturas del Golán y del sur de Líbano. Asimismo, solicitó el retiro de los soldados sirios que se encontraban en Líbano y la retirada de las tropas extranjeras de la región del Golfo.

⁹ Ver Walid Khalidi, "The Palestine Problem: an Overview", en *Journal of Palestine Studies*, XXI, no. 1, Autumn 1991, pp. 5-16 y Edward W. Said, "Reflections on Twenty Years of Palestine History", en *Journal of Palestine Studies*, no. 4, Summer 1991, 5-22.

¹⁰ *El Día*, 9 de octubre de 1990, p. 14.

¹¹ Santiago Quintana Pali, *La Organización para la Liberación de Palestina: estrategia, táctica y clases sociales*, México, Serie Popular Era, no. 73, 1980.

¹² Cfr. Helena Cobban, *La Organización para la Liberación de Palestina*, México, Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, no. 393, 1989.

¹³ Cfr. George T. Abed, "The Palestinians and the Gulf Crisis", *Journal of Palestine Studies*, XXI, no. 2, Winter 1991, pp. 29-42.

zada, a su vez, para contrarrestar la hostilidad siria, aprovechando el conflicto latente entre Hafez el Assad y Saddam Hussein.

El apoyo iraquí era primordial sobre todo en un momento en que el movimiento nacional palestino atravesaba por una situación crítica. En efecto, los cambios operados a nivel internacional, que consagran *de facto* el fin del sistema bipolar y de la guerra fría, no llevaron, como se esperaba, a un progreso tangible hacia la paz. Por el contrario, éstos trajeron desventajas para los palestinos, al privarles del apoyo de la URSS y del campo socialista y al incrementar los designios hegemónicos de Estados Unidos sobre el Medio Oriente.¹⁴

Por otra parte, las tácticas no violentas de la Intifada y las principales revisiones en las políticas de la OLP concretizadas en el Consejo Nacional Palestino de noviembre de 1988, parecían haber logrado muy poco para hacer avanzar la independencia palestina. Si acaso, la corriente se estaba moviendo en la dirección opuesta.

El gobierno israelí era inflexible en su política de incrementar el número de asentamientos judíos tanto en la Franja de Gaza como en Cisjordania. Cientos de nuevos inmigrantes provenientes de la antigua Unión Soviética se estaban ubicando en Jerusalén oriental y otros más en Cisjordania.¹⁵ Al mismo tiempo, Estados Unidos, no obstante las promesas hechas por el secretario Shultz de que el diálogo con la OLP sería sustantivo, estaba decidido a tratar a Arafat como a un criminal bajo palabra.

Primero vino su negativa a otorgarle la visa para asistir a la ONU, luego la expulsión de la OLP de los organismos de esa institución; sólo para ver que su política de moderación culminaba en la suspensión de su diálogo con Washington debido al ataque organizado por Abul Abbas contra Israel, el cual, por cierto, no era un protegido de Arafat.¹⁶

Frente a este contexto y ante la falta de una iniciativa política tendiente a alcanzar una solución justa a sus legítimas demandas, el liderazgo palestino se vio obligado a forjar una alianza de conveniencia

con Iraq. Dicha alianza implicaba riesgos obvios a la integridad de la estrategia palestina, así como a su independencia en el proceso de toma de decisiones. Pero tales riesgos fueron disfrazados en ese momento tras la cortina de humo de la solidaridad panárabe en torno a Iraq.

En efecto, la terminación de las hostilidades entre Irán e Iraq y, subsecuentemente, las amenazas de los países occidentales contra el incremento de la capacidad militar iraquí, le daba a Saddam Hussein la oportunidad de oro para obtener el apoyo árabe en torno a su autoproclamado liderazgo árabe.

Su llamado a incendiar la mitad de Israel con armas químicas si ese país atacaba a Iraq, iban dirigidas sobre todo a inflamar los sentimientos de las masas árabes y a incrementar su ascendencia como líder nacionalista panárabe.¹⁷ Al mismo tiempo, despertó el viejo sueño palestino de encontrar un caballero árabe que liberara Palestina de los sionistas, de la misma manera como Saladino había echado a los cruzados de Tierra Santa.

Esta analogía bien puede servir para explicar la creencia entre amplios sectores de la comunidad palestina de que la estrategia de Saddam Hussein modificaría la situación. Desafortunadamente para los palestinos, la derrota iraquí resultó ser sumamente dañina para su causa.

Las consecuencias políticas de la guerra

Si bien el movimiento nacional palestino atravesaba una situación crítica antes de la guerra, no hay duda que la posición adoptada por dicha organización durante la misma dañó gravemente su credibilidad política y su imagen internacional. El precio político de esa postura fue la drástica reducción de la imagen que la OLP guardaba a nivel internacional y el aislamiento de su contexto regional inmediato.

En efecto, en contraste con la situación prevalente durante la década de los setenta cuando la OLP fue reconocida por un gran número de países en diversos foros internacionales o, bien, durante los primeros días de la Intifada, cuando los palestinos eran vistos con una gran simpatía por los miembros de la comunidad internacional, la OLP fue criticada

¹⁴ Ma. de Lourdes Sierra Kobeh y Jaime Isla Lope, "Iraq: consolidación nacional y liderazgo regional", en *Relaciones Internacionales*, no. 53, vol. XVI, enero-abril, 1992, pp. 15-26.

¹⁵ Don Peretz, "The Impact of the Gulf War on Israeli and Palestinian Political Attitudes", en *Journal of Palestine Studies*, XXI, no. 1, Autumn 1991, pp. 17-35.

¹⁶ Walid Khalidi, "The Gulf Crisis: Origins...", *op. cit.*, pp. 5-28.

¹⁷ Daniel Williams, "Dateline Tunis: PLO RIP?", en *Foreign Policy*, no. 90, Spring 1993, pp. 158-168.

duramente y obligada a suspender todo contacto con los países occidentales.

Desde el punto de vista de sus alianzas, la OLP ya no podía depender del apoyo de la URSS y del campo socialista como contrapeso a la influencia norteamericana y estaba en ese momento alejada de los países europeos, más preocupados por los acontecimientos en Europa del Este que en el problema palestino.

Una consecuencia más seria de la crisis fue, sin embargo, la división que surgió al interior del mundo árabe y la virtual desintegración de los mecanismos institucionales para promover un consenso árabe sobre su causa.

Por lo menos, a nivel oficial, el apoyo a la causa palestina siempre había sido un artículo de fe,¹⁸ lo que a su vez facilitaba la articulación y la promoción de la causa palestina a partir de una base de apoyo árabe segura. Ello no sólo facilitó en gran medida los esfuerzos de los palestinos en los terrenos de la actividad política y diplomática, sino también dotó a la organización del necesario apoyo financiero, material y logístico para promover su causa.

La profunda división que surgió al interior de las filas árabes como consecuencia de la guerra del Golfo, debilitó esa base de apoyo e hizo más difícil restablecer un consenso árabe creíble y efectivo. No hay que olvidar que el apoyo a la causa palestina en el mundo árabe depende del mantenimiento de relaciones amistosas con todos los países árabes. El antagonizar a más de la mitad de estos Estados, en particular a aquellos que habían permitido operar con libertad a la OLP durante las últimas décadas, difícilmente podía operar en favor de los intereses palestinos. En palabras de Walid Khalidi, politólogo palestino, "Arafat pareció haber olvidado uno de los principios cardinales de al Fatah desde su creación: que la causa palestina es mejor servida manteniéndose alejada de las disputas interárabes".¹⁹

De esta manera se hizo nuevamente posible que algunos Estados árabes redujeran el apoyo que profesaban a los palestinos y buscaran eliminar a la OLP a través de la creación de un sustituto, más acorde con sus intereses. Si bien hasta el momento este

¹⁸ Una premisa fundamental en la política interárabe es la imposibilidad de llegar a un acuerdo con Israel hasta que la cuestión palestina sea resuelta.

¹⁹ Walid Khalidi, "The Gulf Crisis: Origins...", *op. cit.*, p. 17.

intento no ha fructificado, no cabe duda que el compromiso árabe con la OLP ya no es tan sólido.

Otra consecuencia de la guerra del Golfo fue la división que surgió al interior de las filas palestinas y el debilitamiento de los movimientos pacifistas en Israel. En efecto, la derrota iraquí confrontó a la OLP con retos de un nuevo tipo y trajo un intenso debate tanto al interior como al exterior de la organización. La crítica principal al liderazgo palestino fue señalar su fracaso para pronunciarse de manera clara y sistemática contra la invasión y en favor del retiro iraquí de acuerdo con las resoluciones de la ONU. Ello, tanto por razones de principio como por los intereses palestinos a más largo plazo.²⁰

La debilidad preexistente de la resistencia, su escasa capacidad financiera y el cuestionamiento de que ha sido objeto su liderazgo, todo ello aunado a un contexto político erosionado, dan pie para que surjan, cada vez con más fuerza, una serie de demandas para llevar a cabo un conjunto de reformas políticas y organizativas dentro de la organización.²¹

Si bien dentro de la OLP no hay un desafío serio al liderazgo de Arafat, la coyuntura actual ha creado preocupación al interior de la misma, de que grupos disidentes, con ayuda del exterior, puedan aprovechar la debilidad de la organización a fin de controlarla o crear una entidad que la sustituya.

Igualmente preocupante fue el debilitamiento de los movimientos pacifistas en Israel y la disminución del progreso logrado años atrás en las relaciones palestino-israelíes.

El amplio apoyo recibido por Saddam Hussein en los territorios ocupados por Israel y los ataques perpetrados por Iraq contra algunas ciudades israelíes durante la guerra, tendieron a unificar a la opinión pública israelí en torno a su gobierno y cambiaron las percepciones israelíes sobre los palestinos.

A diferencia de la guerra del Líbano en 1982 o la campaña del ejército israelí contra la Intifada, las

²⁰ El mayor oponente a la política adoptada por la OLP durante la crisis del Golfo fue Khaled al Hasan, quien incluso solicitó abiertamente la destitución de Arafat. *Cfr.* Lamis Andoni, "The PLO at the Crossroads", en *Journal of Palestine Studies*, XXI, no. 1, Autumn 1991, pp. 54-65.

²¹ La crisis hizo menos tolerable el problema de la corrupción y la excesiva burocratización, así como el papel jugado por las instituciones palestinas en el proceso de toma de decisiones. Puso también de manifiesto el fracaso del liderazgo en incorporar de manera significativa a las nuevas generaciones.

cuales fueron ampliamente criticadas por un buen número de sectores al interior de la sociedad israelí, el ataque aliado contra Iraq recibió un apoyo unánime.²²

De la misma manera, la derrota de Iraq y el compromiso norteamericano de garantizar la supremacía militar israelí luego de la guerra del Golfo, destruyeron toda esperanza de alcanzar una paridad estratégica con Israel, obligando a la OLP a buscar una solución de compromiso que entraña serios peligros para la organización.

Como diría Walid Khalidi, "si tomáramos como indicador la conducta seguida por Israel en el pasado en momentos de triunfo, las oportunidades existentes de generar una mayor disposición israelí hacia el problema palestino son muy escasas".²³

En efecto, si bien es cierto que la guerra del Golfo trajo una toma de conciencia a nivel internacional sobre el problema palestino y abrió el camino para buscar un acuerdo del conflicto árabe-israelí, hay una ironía considerable en el hecho de que lo que a primera vista pareciera ser la realización de un viejo objetivo de la OLP, coincida de hecho con el periodo de mayor debilidad de su historia. En juego ha estado no solamente su papel como única y legítima representante del pueblo palestino y, de hecho, su mera supervivencia, sino también la suerte de las aspiraciones y los derechos nacionales de los palestinos.

Las pérdidas económicas palestinas

Otra dimensión de los efectos de la crisis del Golfo sobre la causa palestina y que no ha sido lo suficientemente tratada en los diversos artículos sobre este tema, son los costos materiales y económicos que tuvo la ocupación de Kuwait para los palestinos.²⁴

Desde que éstos fueron expulsados de su tierra en 1948, perdiendo la mayor parte de su territorio y de su base productiva, los palestinos han tenido que reconstruir su fortuna económica en sus países de

²² La mayoría de los líderes del grupo más influyente israelí "Paz Ahora" creía que la guerra era llevada a cabo por una causa justa y dieron su apoyo a la destrucción del poderío militar iraquí en términos de la defensa de los intereses vitales de Israel. Aún más, negaron cualquier vinculación entre los acontecimientos del Golfo y el problema palestino. Cfr. Don Peretz, *op. cit.*, pp. 7-35.

²³ Walid Khalidi, "The Palestine Problem...", *op. cit.*, p. 15.

²⁴ Cfr. George T. Abed, *op. cit.*, pp. 29-42.

adopción. El centro de gravedad de la economía palestina ha cambiado de acuerdo con los movimientos migratorios fuera de Palestina. En un principio, las dos corrientes migratorias más importantes se dirigieron a lo que entonces era Transjordania, Siria y el Líbano, siendo este último país el que albergara, durante algún tiempo, a la élite palestina más próspera e instruida, pero también a las masas palestinas más pobres y desprotegidas.

Con el estallido de la guerra civil libanesa en 1975 y la subsecuente destrucción y dislocación que la acompañaron, el centro de gravedad de la economía palestina se trasladaría a la Península Arábiga, donde los palestinos relativamente más prósperos se convertirían en la principal fuente de apoyo financiero para el movimiento nacional palestino y para las comunidades palestinas de los territorios ocupados.²⁵

Antes de la guerra vivían cerca de medio millón de palestinos en los Estados del Golfo, siendo ésta una de las comunidades palestinas más prósperas y más estables y con posiciones económicas firmemente establecidas.²⁶

Los estrictos controles mantenidos sobre las actividades de la resistencia por todos los Estados que colindan con Israel, también ayudaron a inducir a muchos a trasladarse a las florecientes economías de los Estados árabes del Golfo a finales de los años cincuenta, donde hallaron muchas de las libertades y facilidades que buscaban. En Kuwait, Qatar y, en menor grado, Arabia Saudita, muchos de ellos encontraron las oportunidades para financiar sus actividades de organización.²⁷

Con la ocupación de Kuwait, esa base de poder económico palestina fue virtualmente destruida. En efecto, los palestinos de Kuwait no solamente perdieron sus ingresos sino también sus hogares y propiedades. Cerca de trescientos mil palestinos fueron forzados a abandonar Kuwait; la mayoría de ellos por la guerra o como resultado de una persecución sistemática e injustificada.

Presiones menos abiertas fueron ejercidas sobre los palestinos de otros Estados del Golfo, cuya situación, por cierto, sigue siendo sumamente precaria. De esta manera, lo que fuera alguna vez la

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Rahid I. Khalidi, "Observations on the Right of Return", en *Journal of Palestine Studies*, XXI, no. 2, Winter 1992, pp. 29-40.

²⁷ Helena Cobban, *op. cit.*, p. 417.

comunidad palestina más próspera y más estable de la diáspora, se convirtió, de la noche a la mañana, en la más frágil e inestable.²⁸

Es importante señalar que las repercusiones de esta crisis también recayeron sobre las comunidades palestinas de otros Estados árabes y, en particular, sobre los territorios ocupados. El desplazamiento de cientos de miles de palestinos y la suspensión de la ayuda árabe e internacional, en un contexto de crisis económica generalizada, tuvo efectos en Jordania, en Líbano y sobre todo en las áreas ocupadas de la Rivera Occidental y Gaza.

Estos territorios son particularmente vulnerables a las crisis externas, especialmente a las que se originan en las comunidades palestinas de los países árabes vecinos. Ello, en virtud de los lazos económicos existentes²⁹ y por su dependencia de las remesas de los palestinos que trabajan en el Golfo, especialmente en Kuwait.³⁰

Por otra parte, con la guerra del Golfo, las autoridades israelíes cerraron las fronteras entre los territorios ocupados e Israel, cortando, de esta manera, a un buen número de palestinos su fuente de trabajo y creando nuevas oportunidades para los miles de emigrantes judíos provenientes de la antigua Unión Soviética.³¹

Si bien al término de la guerra los palestinos fueron autorizados a regresar a sus trabajos en Israel, el número de permisos para atravesar la línea verde fue reducido enormemente.

Asimismo, el toque de queda impuesto por ese país durante la guerra, el más largo que se recuerde desde el inicio de la ocupación israelí, trajo consigo una severa crisis económica tanto en el campo como en los sectores comercial e industrial, golpeando de manera especial los sistemas de salud, educativo y de asistencia social de los territorios ocupados. Una consecuencia de todo ello fue el deterioro de las condiciones de vida de la población palestina, ya de

²⁸ Rahid I. Khalidi, *op. cit.*, pp. 29-40.

²⁹ Los países árabes vecinos constituyen un mercado importante para sus exportaciones agrícolas.

³⁰ La comunidad palestina de Kuwait ha sido considerada por varios analistas como la comunidad palestina de la diáspora más exitosa y políticamente más consciente. Su contribución al movimiento nacional palestino y a las comunidades palestinas de los territorios ocupados fue durante mucho tiempo bastante considerable.

³¹ Se estima que antes de 1990 alrededor de 120 mil trabajadores, más del 40 por ciento de la fuerza de trabajo de Gaza y un tercio de la Cisjordania, vivían del trabajo realizado en Israel. *Cfr.* Don Peretz, *op. cit.*, pp. 7-35.

por sí debilitadas por los niveles de represión y coerción ejercidos sobre ella por las autoridades militares israelíes.

Conclusiones

Tomando en cuenta lo hasta aquí dicho, no cabe duda que la posición adoptada por el liderazgo palestino durante la guerra del Golfo resultó ser bastante costosa. Además de las consecuencias desastrosas resultantes de la interrupción de la ayuda de los gobiernos árabes y del desplazamiento de cientos de miles de palestinos de Kuwait y los Estados del Golfo, el principal efecto político de la guerra fue confirmar una tendencia que ya se venía dando cada vez más: el aislamiento palestino de su contexto árabe, regional e internacional y la división que surgió al interior de la OLP y de la comunidad palestina misma.

Paradójicamente, sin embargo, la guerra del Golfo vendría a romper con el *impasse* político prevaliente en la región, al traer nuevamente como centro de atención al problema palestino.

En efecto, la rápida respuesta de Estados Unidos y la comunidad internacional a la ocupación iraquí y su fracaso para implementar las resoluciones de la ONU que llaman a un retiro incondicional de Israel de los territorios ocupados por este país en la guerra de 1967, pusieron al descubierto, a los ojos de muchos observadores, los límites de una política de dos pesos y dos medidas y trajeron una toma de conciencia a nivel internacional sobre la inestabilidad del Medio Oriente y la interrelación de sus conflictos.

Asimismo, hizo más urgente el compromiso norteamericano de encontrar una solución al conflicto árabe-israelí y de reafirmar las credenciales arabistas de sus aliados árabes en la región. Estos regímenes, quienes durante un buen tiempo habían urgido a Washington a tomar medidas serias en favor de un acuerdo, necesitaban en ese momento una legitimación *post-facto* de su participación en la guerra, independientemente de sus sentimientos hacia los palestinos.³²

³² Aunque la mayoría de los gobiernos árabes ya no esté tan comprometido con la causa palestina, prefieren que ésta sea resuelta de alguna manera. Los beneficios que pudieran resultar de un acuerdo político de dicho conflicto, sobrepasan los costos de su no resolución.

Estados Unidos, por su parte, quien deseaba un orden regional más estable, en una región que ha demostrado tener una importancia estratégica decisiva, estaba consciente de que ello únicamente podría ser obtenido a través de la inauguración de un proceso de paz que alentara, aunque de manera contradictoria, a todas las partes involucradas, incluyendo a los palestinos.

Es en este contexto que se explican las iniciativas tomadas por el gobierno norteamericano para encontrar una solución al conflicto del Medio Oriente, proceso que, dicho sea de paso, vino a consagrar el monopolio norteamericano sobre el proceso de paz, así como su habilidad para fijar los términos de la negociación.³³ Ello fue posible por el triunfo norteamericano en la guerra del Golfo y por el colapso final de la Unión Soviética, luego del fallido golpe de Estado del 19 de agosto de 1991.

En estas circunstancias y dado el escaso margen de acción de la resistencia, el cual fue otro resultado de la guerra del Golfo, la OLP se ha visto obligada a enfrentar un proceso de paz que busca excluirla y sin contar con el apoyo soviético o internacional o aun

con un consenso árabe creíble para apoyar su papel.

Dicho proceso, si bien constituye el menor de los males posibles para la organización, es una pálida sombra de los objetivos originales propuesto por al Fatah desde su fundación e impone serias limitaciones al movimiento nacional palestino, lo que a su vez promueve una pérdida de consenso interno.

No obstante, en las condiciones presentes la OLP debe asumir ese riesgo. A pesar de su presente debilidad, el liderazgo palestino cuenta con una fuente de poder importante, el hecho de que ningún gobierno árabe pueda negociar la cuestión palestina sin su consentimiento.

Hasta este momento, los intentos por conseguir un acuerdo al margen de la organización han sido fehacientemente rechazados. En este sentido, si bien la OLP no ha sido lo suficientemente fuerte como para poder imponer una solución, tiene, por lo menos, la capacidad para bloquear cualquier plan que no tome en cuenta sus legítimos derechos. Éste es el desafío que enfrenta el pueblo palestino y ésta es la responsabilidad histórica que tendrá que enfrentar su liderazgo político.

³³ El 6 de marzo de 1991, el presidente Bush anunció el compromiso norteamericano de buscar un acuerdo para solucionar el conflicto árabe-israelí de acuerdo a las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU y tomando en cuenta los legítimos derechos políticos de los palestinos.